

gan al paladar las lenguas; pero yo traigo un despegador pendiente del arzon de mi caballo, que es tal como bueno: y levantándose volvió desde allí á un poco con una gran bota de vino y una empanada de media vara; y no es encarecimiento, porque era de un conejo albar, tan grande, que Sancho al tocarla entendió ser de algun cabron, no que de cabrito, lo cual visto por Sancho, dijo: ¿Y esto trae vuesa merced consigo, señor? Pues ¿qué se pensaba, respondió el otro, soy yo por ventura algun escudero de agua y lana? Mejor repuesto traigo yo en las ancas de mi caballo, que lleva consigo cuando va de camino un general. Comió Sancho sin hacerse de rogar, y tragaba á oscuras bocados de nudos de suelta, y dijo: Vuesa merced sí que es escudero fiel y legal, moliente y corriente, magnífico y grande, como lo muestra este banquete, que si no ha venido aquí por arte de encantamento, parécelo á lo ménos, y no como yo, mezquino y malaventurado, que solo traigo en mis alforjas un poco de queso tan duro, que pueden descalabrar con ello á un gigante, á quien hacen compañía cuatro docenas de algarobas y otras tantas de avellanas y nueces, mercedes á la estrechez de mi dueño, y á la opinion que tiene y orden que guarda de que los caballeros andantes no se han de mantener y sustentar sino con frutas secas y con las yerbas del campo. Por mi fe, hermano, replicó el del Bosque, que yo no tengo hecho el estómago á tagarninas ni á piruétanos ni á raíces de los montes: allá se lo hayan con sus opiniones y leyes caballerescas nuestros amos, y coman lo que ellos mandaren: siamberras traigo, y esta bota colgando del arzon de la silla por sí ó por no, y es tan devota mia, y quiérola tanto, que pocos ratos se pasan sin que la dé mil besos y mil abrazos; y diciendo esto se la puso en las manos á Sancho, el cual empuñándola puesta á la boca estuvo mirando las estrellas un cuarto de hora, y en acabando de beber dejó caer la cabeza á un lado, y dando un gran suspiro dijo: ¡Oh hideputa bellaco, y cómo es católico! ¿Veis ahí, dijo el del Bosque, en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habeis alabado este vino llamándole hideputa? Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta á nadie cuando cae debajo del entendimiento de alabarle. Pero dígame, señor, por el siglo de lo que mas quiere, ¿este vino es de Ciudad-Real? ¡Bravo mojon! respondió el del Bosque, en verdad que no es de otra parte, y que tiene algunos años de ancianidad. A mí con eso, dijo Sancho, no tomeis ménos sino que se me fuera á mí por alto dar alcance á su conocimiento. ¿No será bueno, señor escudero, que tenga yo un instinto tan grande y tan natural en esto de conocer vinos, que en dándome á oler cualquiera, acierto la patria, el linaje, el sabor y la dura, y las vueltas que ha de dar, con todas las circunstancias al vino atañederas? Pero no hay de qué maravillarse, si tuve en mi linaje, por parte de mi padre, los dos mas excelentes mojones que en luengos años conoció la Mancha; para prueba de lo cual les sucedió lo que ahora diré. Diéronles á los dos á probar del vino de una cuba, pidiéndoles su parecer del estado, cualidad, bondad ó malicia del vino. El uno lo probó con la punta de la lengua, el otro no hizo mas de llegarlo á las narices. El primero dijo que aquel vino sabía á hierro, el segundo dijo que mas sabía á cordobán. El dueño dijo que la cuba estaba limpia, y que el tal vino no tenia adobo alguno por donde hubiese tomado sabor

de hierro ni de cordobán. Con todo eso los dos famosos mojones se afirmaron en lo que habian dicho. Anduvo el tiempo, vendióse el vino, y al limpiar de la cuba hallaron en ella una llave pequeña pendiente de una correa de cordobán: porque vea vuesa merced si quien viene desta ralea podrá dar su parecer en semejantes causa. Por eso digo, dijo el del Bosque, que nos dejemos de andar buscando aventuras, y pues tenemos hogazas no busquemos tortas, y volvámonos á nuestras chozas, que allí nos hallará Dios si él quiere. Hasta que mi amo llegue á Zaragoza le serviré, que despues todos nos entenderemos.

Finalmente, tanto hablaron y tanto bebieron los dos buenos escuderos, que tuvo necesidad el sueño de atarles las lenguas y temparles la sed, que quitársela fuera imposible; y así asidos entrambos de la ya casi vacía bota, con los bocados á medio mascar en la boca, se quedaron dormidos, donde los dejaremos por ahora por contar lo que el caballero del Bosque pasó con el de la Triste Figura.

CAPITULO XIV.

Donde se prosigue la aventura del caballero del Bosque.

Entre muchas razones que pasaron D. Quijote y el caballero de la Selva, dice la historia que el del Bosque dijo á D. Quijote: finalmente, señor caballero, quiero que sepais que mi destino, ó por mejor decir mi eleccion, me trujo á enamorar de la sin par Casildea de Vandalia: llámola sin par porque no le tiene, así en la grandeza del cuerpo, como en el extremo del estado y de la hermosura. Esta tal Casildea pues, que voy contando, pagó mis buenos pensamientos y comeditos deseos con hacerme ocupar, como su madrina á Hércules, en muchos y diversos peligros, prometiéndome al fin de cada uno que en el fin del otro llegaría el de mi esperanza; pero así se han ido eslabonando mis trabajos, que no tienen cuento, ni yo sé cuál ha de ser el último que dé principio al cumplimiento de mis buenos deseos. Una vez me mandó que fuese á desafiar á aquella famosa gigante de Sevilla llamada la Giralda, que es tan valiente y fuerte como hecha de bronce, y sin mudarse de un lugar es la mas movible y voltaria mujer del mundo. Llegué, vila, y vencíla, y hícela estar queda y á raya (porque en mas de una semana no soplaron sino vientos nortes). Vez tambien hubo que me mandó fuese á tomar en peso las antiguas piedras de los valientes Toros de Guisando: empresa mas para encomendarse á ganapanes que á caballeros. Otra vez me mandó que me precipitase y sumiese en la sima de Cabra: ¡peligro inaudito y temeroso! y que le trujese particular relacion de lo que en aquella oscura profundidad se encierra. Detuve el movimiento á la Giralda, pesé los Toros de Guisando, despenéme en la sima, y saqué á luz lo escondido de su abismo, y mis esperanzas muertas que muertas, y sus mandamientos y desdenes vivos que vivos. En resolucion, últimamente me ha mandado que discurra por todas las provincias de España, y haga confesar á todos los andantes caballeros que por ellas vagaren, que ella sola es la mas aventajada en hermosura de cuantas hoy viven, y que yo soy el mas valiente y el mas bien enamorado caballero del orbe, en cuya demanda he andado ya la mayor parte de España, y en ella he vencido muchos caballeros que se han atrevido á contradecirme; pero de lo que yo mas me precio y ufano es de haber ven-

cido en singular batalla á aquel tan famoso caballero D. Quijote de la Mancha, y héchole confesar que es mas hermosa mi Casildea que su Dulcinea; y en solo este vencimiento hago cuenta que he vencido todos los caballeros del mundo, porque el tal D. Quijote que digo, los ha vencido á todos, y habiéndole yo vencido á él, su gloria, su fama y su honra se han transferido y pasado á mi persona.

Y tanto el vencedor es mas honrado
Cuanto mas el vencido es reputado:

así que ya corren por mi cuenta y son mias las innumerables hazañas del ya referido D. Quijote. Admirado quedó D. Quijote de oír al caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentis en el pico de la lengua; pero reportóse lo mejor que pudo por hacerle confesar por su propia boca su mentira, y así sosegadamente le dijo: De que vuesa merced, señor caballero, haya vencido á los mas caballeros andantes de España y aun de todo el mundo, no digo nada; pero de que haya vencido á D. Quijote de la Mancha, póngolo en duda: podría ser que fuese otro que le pareciese, aunque hay pocos que le parezcan. ¿Cómo no? replicó el del Bosque; por el cielo que nos cubre, que peleé con D. Quijote, y le vencí y rendí, y es un hombre alto de cuerpo, seco de rostro, estirado y avellanado de miembros, entrecano, la nariz aguileña y algo corva, de bigotes grandes, negros y caídos: campea debajo del nombre del caballero de la Triste Figura, y trae por escudero á un labrador llamado Sancho Panza: oprime el lomo y rige el freno de un famoso caballo llamado Rocinante, y finalmente tiene por señora de su voluntad á una tal Dulcinea del Toboso, llamada un tiempo Aldonza Lorenzo, como la mia, que por llamarse Casilda y ser de la Andalucía, yo la llamo Casildea de Vandalia. Si todas estas señas no bastan para acreditar mi verdad, aquí está mi espada, que la hará dar crédito á la misma incredulidad. Sosegáos, señor caballero, dijo D. Quijote, y escuchad lo que deciros quiero. Habeis de saber, que ese D. Quijote que decis es el mayor amigo que en este mundo tengo, y tanto que podré decir que le tengo en lugar de mi misma persona, y que por las señas que dél me habeis dado tan puntuales y ciertas, no puedo pensar sino que sea el mismo que habeis vencido: por otra parte veo con los ojos y toco con las manos no ser posible ser el mismo, si ya no fuese que como él tiene muchos enemigos encantadores, especialmente uno que de ordinario le persigue, no haya alguno dellos tomado su figura para dejarse vencer, por defraudarle de la fama que sus altas caballerías le tienen granjeada y adquirida por todo lo descuberto de la tierra: y para confirmacion desto quiero tambien que sepais, que los tales encantadores sus contrarios há mas de dos dias que trasformaron la figura y persona de la hermosa Dulcinea del Toboso en una aldeana soez y baja, y desta manera habrán trasformado á D. Quijote: y si todo esto no basta para enteraros en esta verdad que digo, aquí está el mismo D. Quijote, que la sustentará con sus armas, á pié ó á caballo, ó de cualquier suerte que os agradare: y diciendo esto se levantó en pié, y se empuñó en la espada esperando qué resolución tomara el caballero del Bosque, el cual con voz asimismo sosegada respondió, y dijo: Al buen pagador no le duelen prendas; el que una vez, señor D. Quijote, pudo venceros trasformado, bien podrá tener esperanza de rendiros en vuestro

propio sér; mas porque no es bien que los caballeros hagan sus fechos de armas á oscuras como los saltadores y rufianes, esperemos el dia para que el sol vea nuestras obras; y ha de ser condicion de nuestra batalla, que el vencido ha de quedar á la voluntad del vencedor para que haga dél todo lo que quisiere, con tal que sea decente á caballero lo que se le ordenare. Soy mas que contento desa condicion y convenencia, respondió Don Quijote; y en diciendo esto se fuéron donde estaban sus escuderos, y los hallaron roncando y en la misma forma que estaban cuando les saltó el sueño. Despertáronles, y mandáronlos que tuviesen á punto los caballos, porque en saliendo el sol habian de hacer los dos una sangrienta, singular y desigual batalla, á cuyas nuevas quedó Sancho atónito y pasmado, temeroso de la salud de su amo por las valentías que habia oído decir del suyo al escudero del Bosque; pero sin hablar palabra se fuéron los dos escuderos á buscar su ganado, que ya todos tres caballos y el rucio se habian oído y estaban todos juntos. En el camino dijo el del Bosque á Sancho: Ha de saber, hermano, que tienen por costumbre los peleantes de la Andalucía, cuando son padrinos de alguna pendencia, no estarse ociosos mano sobre mano en tanto que sus ahijados riñen: dígoles, porque esté advertido que mientras nuestros dueños riñeren, nosotros tambien hemos de pelear y hacernos astillas. Esa costumbre, señor escudero, respondió Sancho, allá puede correr y pasar con los rufianes y peleantes que dice; pero con los escuderos de los caballeros andantes, ni por pienso: á lo ménos yo no he oído decir á mi amo semejante costumbre, y sabe de memoria todas las ordenanzas de la andante caballería: cuanto mas, que yo quiero que sea verdad y ordenanza expresa el pelear los escuderos en tanto que sus señores pelean; pero yo no quiero cumplirla, sino pagar la pena que estuviere puesta á los tales pacíficos escuderos, que yo aseguro que no pase de dos libras de cera, y mas quiero pagar las tales libras, que sé que me costarán ménos, que las hilas que podré gastar en curarme la cabeza, que ya me la cuento por partida y dividida en dos partes: hay mas, que me imposibilita el reñir el no tener espada, pues en mi vida me la puse. Para eso sé yo un buen remedio, dijo el del Bosque: yo aquí traigo dos talegas de lienzo de un mismo tamaño: tomaréis vos la una, y yo la otra, y reñiremos á talegazos con armas iguales. Desa manera sea en buena hora, respondió Sancho, porque ántes servirá la tal pelea de despolvorearnos que de herirnos. No ha de ser así, replicó el otro, porque se han de echar dentro de las talegas, porque no se las lleve el aire, media docena de gujarros lindos y pelados, que pesen tanto los unos como los otros, y desta manera nos podremos atalegar sin hacernos mal ni daño. Mirad, ¡cuerpo de mi padre! respondió Sancho, qué martas cebollinas ó qué copos de algodón cardado pone en las talegas para no quedar molidos los cascós, y hechos alheña los huesos; pero aunque se llenaran de capullos de seda, sepa, señor mio, que no he de pelear: peleen nuestros amos, y allá se lo hayan, y bebamos y vivamos nosotros, que el tiempo tiene cuidado de quitarnos las vidas, sin que andemos buscando apetitos para que se acaben ántes de llegar su sazón y término, y que se cayan de maduras. Con todo, replicó el del Bosque, hemos de pelear siquiera media hora. Eso no, respondió Sancho, no seré yo tan descortés

ni tan desagradecido que con quien he comido y he bebido trabe cuestion alguna, por mínima que sea; quanto mas que estando sin cólera y sin enojo, ¿quién diablos se ha de amañar á reñir á secas? Para eso, dijo el del Bosque, yo daré un suficiente remedio, y es, que ántes que comencemos la pelea, yo me llegaré bonitamente á vuesa merced, y le daré tres ó cuatro bofetadas que dé con él á mis piés, con las cuales le haré despertar la cólera aunque esté con mas sueño que un lirón. Contra ese corte sé yo otro, respondió Sancho, que no le va en zaga: cogere yo un garrote, y ántes que vuesa merced llegue á despertarme la cólera, haré yo dormir á garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo, en el cual se sabe que no soy yo hombre que me dejen manosear el rostro de nadie; y cada uno mire por el virote, aunque lo mas acertado sería dejar dormir su cólera á cada uno, que no sabe nadie el alma de nadie, y tal suele venir por lana que vuelve trasquilado, y Dios bendijo la paz y maldijo las riñas, porque si un gato acosado, encerrado y apretado se vuelve en león, yo que soy hombre, Dios sabe en lo que podré volverme: y así desde ahora intimo á vuesa merced, señor escudero, que corra por su cuenta todo el mal y daño que de nuestra pendencia resultare. Está bien, replicó el del Bosque: amanecerá Dios y medrarémos. En esto ya comenzaban á gorjear en los árboles mil suertes de pintados pajarillos, y en sus diversos y alegres cantos parecía que daban la norabuena y saludaban á la fresca aurora, que ya por las puertas y balcones del oriente iba descubriendo la hermosura de su rostro, sacudiendo de sus cabellos un número infinito de líquidas perlas, en cuyo suave licor bañándose las yerbas parecía asimismo que ellas brotaban y llovían blanco y menudo aljofar, los sauces destilaban maná sabroso, reianse las fuentes, murmuraban los arroyos, alegrábase las selvas, y enriquecianse los prados con su venida. Mas apenas dió lugar la claridad del día para ver y diferenciar las cosas, cuando la primera que se ofreció á los ojos de Sancho Panza fué la nariz del escudero del Bosque, que era tan grande que casi le hacia sombra á todo el cuerpo. Cuéntase en efecto que era de demasiada grandeza, corva en la mitad, y toda llena de verrugas, de color amorado como de berengena; bajábale dos dedos mas abajo de la boca, cuya grandeza, color, verrugas y encorvamiento así le afeaban el rostro, que en viéndole Sancho comenzó á herir de pié y de mano como niño con alfilería, y propuso en su corazón de dejarse dar docientas bofetadas ántes que despertar la cólera para reñir con aquel vestiglo. D. Quijote miró á su contendor, y hallóle ya puesta y calada la celada, de modo que no le pudo ver el rostro; pero notó que era hombre membrudo, y no muy alto de cuerpo. Sobre las armas traía una sobrevesta ó casaca de una tela al parecer de oro finísimo, sembradas por ella muchas lunas pequeñas de resplandecientes espejos, que le hacían en grandísima manera galan y vistoso: volábanle sobre la celada grande cantidad de plumas verdes, amarillas y blancas; la lanza que tenía arriada á un árbol era grandísima y gruesa, y de un hierro acerado de mas de un palmo. Todo lo miró y todo lo notó D. Quijote, y juzgó de lo visto y mirado que ya el dicho caballero debía de ser de grandes fuerzas, pero no por eso temió como Sancho Panza: ántes con gentil denuedo dijo al caballero de los Espejos: Si la

mucha gana de pelear, señor caballero, no os gasta la cortesía, por ella os pido que alceis la visera un poco, porque yo vea si la gallardía de vuestro rostro responde á la de vuestra disposición. O vencido ó vencedor que salgais desta empresa, señor caballero, respondió el de los Espejos, os quedará tiempo y espacio demasiado para verme; y si ahora no satisfacéis á vuestro deseo es por parecerme que hago notable agravio á la hermosa Casildea de Vandalia en dilatar el tiempo que tardare en alzarme la visera sin haceros confesar lo que ya sabeis que pretendo. Pues en tanto que subimos á caballo, dijo D. Quijote, bien podeis decirme si soy yo aquel D. Quijote que dijistes haber vencido. A eso vos respondemos, dijo el de los Espejos, que pareceis, como se parecen un huevo á otro, al mismo caballero que yo venci; pero segun vos decís, que le persiguen encantadores, no osaré afirmar si sois el contenido ó no. Eso me basta á mí, respondió D. Quijote, para que crea vuestro engaño: empero para sacaros dél de todo punto vengan nuestros caballos, que en ménos tiempo que el que tardáredes en alzaros la visera, si Dios, si mi señora y mi brazo me valen, veré yo vuestro rostro, y vos veréis que no soy yo el vencido D. Quijote que pensais. Con esto acortando razones, subieron á caballo, y D. Quijote volvió las riendas á Rocinante para tomar lo que convenía del campo para volver á encontrar á su contrario, y lo mismo hizo el de los Espejos; pero no se habia apartado D. Quijote veinte pasos cuando se oyó llamar del de los Espejos, y partiendo los dos el camino, el de los Espejos le dijo: Advertid, señor caballero, que la condicion de nuestra batalla es, que el vencido, como otra vez he dicho, ha de quedar á discrecion del vencedor. Ya la sé, respondió D. Quijote, con tal que lo que se le impusiere y mandare al vencido han de ser cosas que no salgan de los límites de la caballería. Así se entiende, respondió el de los Espejos. Ofreciéronsele en esto á la vista de D. Quijote las extrañas narices del escudero, y no se admiró ménos de verlas que Sancho, tanto que le juzgó por algun monstruo, ó por hombre nuevo y de aquellos que no se usan en el mundo. Sancho, que vió partir á su amo para tomar carrera, no quiso quedar solo con el narigudo, temiendo que con solo un pasagonzalo con aquellas narices en las suyas, sería acabada la pendencia suya, quedando del golpe ó del miedo tendido en el suelo, y fuése tras su amo asido á una acion de Rocinante, y cuando le pareció que ya era tiempo que volviese le dijo: Suplico á vuesa merced, señor mío, que ántes que vuelva á encontrarse me ayude á subir sobre aquel alcornoque, de donde podré ver mas á mi sabor mejor que desde el suelo el gallardo encuentro que vuesa merced ha de hacer con este caballero. Antes creo, Sancho, dijo D. Quijote, que te quier encaramar y subir en andamio por ver sin peligro los toros. La verdad que diga, respondió Sancho, las desafortadas narices de aquel escudero me tienen atónito y lleno de espanto, y no me atrevo á estar junto á él. Ellas son tales, dijo D. Quijote, que á no ser yo quien soy, tambien me asombraran, y así ven, ayudarte he á subir donde dices. En lo que se detuvo D. Quijote en que Sancho subiese en el alcornoque, tomó el de los Espejos del campo lo que le pareció necesario, y creyendo que lo mismo habria hecho D. Quijote, sin esperar son de trompeta ni otra señal que los avisase, volvió las riendas á su caballo, que no era mas ligero ni de mejor parecer que Rocinante,

ante, y á todo su correr, que era un mediano trote, iba á encontrar á su enemigo; pero viéndole ocupado en la subida de Sancho detuvo las riendas, y paróse en la mitad de la carrera, de lo que el caballo quedó agradecidísimo á causa que ya no podia moverse. D. Quijote, que le pareció que ya su enemigo venía volando, arrimó reciamente las espuelas á las trasajadas ijadas de Rocinante, y le hizo aguijar de manera, que cuenta la historia que esta sola vez se conoció haber corrido algo, porque todas las demas siempre fueron trotes declarados, y con esta no vista furia llegó donde el de los Espejos estaba hincando á su caballo las espuelas hasta los botones, sin que le pudiese mover un solo dedo del lugar donde habia hecho estanco de su carrera. En esta buena sazón y coyuntura halló D. Quijote á su contrario, embarazado con su caballo y ocupado con su lanza, que nunca ó no acertó ó no tuvo lugar de ponerla en ristre. D. Quijote, que no miraba en estos inconvenientes, á salva mano y sin peligro alguno encontró al de los Espejos con tanta fuerza, que mal de su grado le hizo venir al suelo por las ancas del caballo; dando tal caída, que sin mover pié ni mano dió señales de que estaba muerto. Apenas le vió caído Sancho, cuando se deslizó del alcornoque, y á toda priesa vino donde su señor estaba, el cual apeándose de Rocinante, fué sobre el de los Espejos, y quitándole las lazadas del yelmo para ver si era muerto, y para que le diese el aire si acaso estaba vivo, vió... ¿quién podrá decir lo que vió sin causar admiracion, maravilla y espanto á los que lo oyeren? Vió, dice la historia, el rostro mismo, la misma figura, el mismo aspecto, la misma fisonomía, la misma elígie, la perspectiva misma del bachiller Sanson Carrasco, y así como la vió, en altas voces dijo: Acude, Sancho, y mira lo que has de ver, y no lo has de creer: aguija, hijo, y advierte lo que puede la magia, lo que pueden los hechiceros y los encantadores. Llegó Sancho, y como vió el rostro del bachiller Carrasco comenzó á hacerse mil cruces y á santiguarse otras tantas. En todo esto no daba muestras de estar vivo el derribado caballero, y Sancho dijo á D. Quijote: Soy de parecer, señor mío, que por sí ó por no, vuesa merced hínque y meta la espada por la boca á este que parece el bachiller Sanson Carrasco, quizá matará en él á alguno de sus enemigos los encantadores. No dices mal, dijo D. Quijote, porque de los enemigos los ménos; y sacando la espada para poner en efecto el aviso y consejo de Sancho, llegó el escudero del de los Espejos, ya sin las narices que tan feo le habian hecho, y á grandes voces dijo: Mire vuesa merced lo que hace, señor D. Quijote, que ese que tiene á los piés es el bachiller Sanson Carrasco su amigo, y yo soy su escudero; y viéndole Sancho sin aquella fealdad primera le dijo: ¿Y las narices? A lo que él respondió: Aquí las tengo en la faldriquera, y echando mano á la derecha sacó unas narices de pasta y barniz, de máscara, de la manufatura que quedan delineadas, y mirándole mas y mas Sancho, con voz admirativa y grande, dijo: ¿Santa María, y valme! ¿Este no es Tomé Cecial mi vecino y mi compadre? Y cómo si lo soy, respondió el ya desnarigado escudero: Tomé Cecial soy, compadre y amigo Sancho Panza, y luego os diré los arcaduces, embustes y enredos por donde soy aquí venido, y en tanto pedid y suplicad al señor vuestro amo que no toque, maltrate, hiera ni mate al caballero de los Espejos, que á sus piés tiene, porque sin

duda alguna es el atrevido y mal aconsejado el bachiller Sanson Carrasco nuestro compatriota. En esto volvió en sí el de los Espejos, lo cual visto por D. Quijote le puso la punta desnuda de su espada encima del rostro, y le dijo: Muerto sois, caballero, si no confesais que la sin par Dulcinea del Toboso se aventaja en belleza á vuestra Casildea de Vandalia, y demas de esto habeis de prometer, si desta contienda y caída quedáredes con vida, de ir á la ciudad del Toboso, y presentaros en su presencia de mi parte, para que haga de vos lo que mas en voluntad le viniere; y si os dejare en la vuestra, asimismo habeis de volver á buscarme, que el rastro de mis hazañas os servirá de guia que os traiga donde yo estuviere, y á decirme lo que con ella hubiéredes pasado: condiciones que conforme á las que pusimos ántes de nuestra batalla, no salen de los términos de la andante caballería. Confieso, dijo el caído caballero, que vale mas el zapato descosido y sucio de la señora Dulcinea del Toboso, que las barbas mal peinadas aunque limpias de Casildea, y prometo de ir y volver de su presencia á la vuestra, y daros entera y particular cuenta de lo que me pedís. Tambien habeis de confesar y creer, añadió D. Quijote, que aquel caballero que vencistes no fué ni pudo ser D. Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecia, como yo confieso y creo, que vos, aunque pareceis el bachiller Sanson Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece, y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos, para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blandamente de la gloria del vencimiento. Todo lo confieso, juzgo y siento como vos lo creéis, juzgais y sentís, respondió el derrengado caballero: dejadme levantar, os ruego, si es que lo permite el golpe de mi caída, que asaz mal trecho me tiene. Ayudóle á levantar D. Quijote y Tomé Cecial su escudero, del cual no apartaba los ojos Sancho, preguntándole cosas, cuyas respuestas le daban manifiestas señales de que verdaderamente era el Tomé Cecial que decia: mas la aprension que en Sancho habia hecho lo que su amo dijo de que los encantadores habian mudado la figura del caballero de los Espejos en la del bachiller Carrasco, no le dejaba dar crédito á la verdad que con los ojos estaba mirando. Finalmente, se quedaron con este engaño amo y mozo, y el de los Espejos y su escudero mohinos y malandantes se apartaron de D. Quijote y Sancho, con intencion de buscar algun lugar donde bizmarle y entablarle las costillas. D. Quijote y Sancho volvieron á proseguir su camino de Zaragoza, donde los deja la historia, por dar cuenta de quién era el caballero de los Espejos y su narigante escudero.

CAPITULO XV.

Donde se cuenta y da noticia de quién era el caballero de los Espejos, y su escudero.

En extremo contento, ufano y vanaglorioso iba D. Quijote por haber alcanzado vitoria de tan valiente caballero como él se imaginaba que era el de los Espejos, de cuya caballerisca palabra esperaba saber si el encantamiento de su señora pasaba adelante, pues era forzoso que el tal vencido caballero volviese, so pena de no serlo, á darle razon de lo que con ella le hubiese sucedido. Pero uno pensaba D. Quijote, y otro el de los Espejos, puesto que por entónces no era otro su pensamiento, sino buscar donde bizmarse, como se ha dicho. Dice pues la historia,

que cuando el bachiller Sanson Carrasco aconsejó á D. Quijote que volviese á proseguir sus dejadas caballerías, fué por haber entrado primero en bureo con el cura y el barbero sobre qué medio se podría tomar para reducir á D. Quijote á que se estuviese en su casa quieto y sosegado, sin que le alborotasen sus mal buscadas aventuras, de cuyo consejo salió por voto común de todos, y parecer particular de Carrasco, que dejasen salir á D. Quijote, pues el detenerle parecía imposible, y que Sanson le saliese al camino como caballero andante, y trabase batalla con él, pues no faltaría sobre qué, y le venciese, teniéndolo por cosa fácil, y que fuese pacto y concierto que el vencido quedase á merced del vencedor; y así vencido D. Quijote le había de mandar el bachiller caballero se volviese á su pueblo y casa, y no saliese della en dos años, ó hasta tanto que por él le fuese mandada otra cosa, lo cual era claro que D. Quijote vencido cumpliría indubitablemente por no contravenir y faltar á las leyes de la caballería, y podría ser que en el tiempo de su reclusión se le olvidasen sus vanidades, ó se diese lugar de buscar á su locura algún conveniente remedio. Aceptólo Carrasco, y ofreciósele por escudero Tomé Cecial, compadre y vecino de Sancho Panza, hombre alegre y de lucios cascos. Armóse Sanson, como queda referido, y Tomé Cecial acomodó sobre sus naturales narices las falsas y de máscara ya dichas, porque no fuese conocido de su compadre cuando se viesen, y así siguieron el mismo viaje que llevaba D. Quijote, y llegaron casi á hallarse en la aventura del carro de la muerte, y finalmente dieron con ellos en el bosque, donde les sucedió todo lo que el prudente ha leído; y si no fuera por los pensamientos extraordinarios de D. Quijote, que se dió á entender que el bachiller no era el bachiller, el señor bachiller quedara imposibilitado para siempre de graduarse de licenciado, por no haber hallado nidos donde pensó hallar pájaros. Tomé Cecial, que vió cuán mal había logrado sus deseos, y el mal paradero que había tenido su camino, dijo al bachiller: Por cierto, señor Sanson Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las mas veces se sale della: D. Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste. Sepamos pues ahora cuál es mas loco, ¿el que lo es por no poder ménos, ó el que lo es por su voluntad? A lo que respondió Sanson: La diferencia que hay entre esos dos locos es, que el que lo es por fuerza lo será siempre, y el que lo es de grado lo dejará de ser cuando quisiere. Pues así es, dijo Tomé Cecial, yo fui por mi voluntad loco cuando quise hacerme escudero de vuesa merced, y por la misma quiero dejar de serlo y volverme á mi casa. Eso os cumple, respondió Sanson, porque pensar que yo he de volver á la mia hasta haber molido á palos á D. Quijote, es pensar en lo excusado, y no me llevará ahora á buscarle el deseo de que cobre su juicio, sino el de la venganza; que el dolor grande de mis costillas no me deja hacer mas piadosos discursos. En esto fueron razonando los dos hasta que llegaron á un pueblo donde fué ventura hallar un algebrista con quien se curó el Sanson desgraciado. Tomé Cecial se volvió y le dejó, y él quedó imaginando su venganza; y la historia vuelve á hablar dél á su tiempo, por no dejar de regocijarse ahora con D. Quijote.

CAPITULO XVI.

De lo que sucedió á D. Quijote con un discreto caballero de la Mancha.

Con la alegría, contento y ufanidad que se ha dicho, seguía D. Quijote su jornada, imaginándose por la pasada vitoria ser el caballero andante mas valiente que tenia en aquella edad el mundo: daba por acabadas y á felice fin conducidas cuantas aventuras pudiesen sucederle de allí adelante: tenia en poco á los encantos y á los encantadores, no se acordaba de los innumerables palos que en el discurso de sus caballerías le habían dado, ni de la pedrada que le derribó la mitad de los dientes, ni del desagradecimiento de los galeotes, ni del atrevimiento y lluvia de estacas de los yanguéses: finalmente, decia entre sí que si él hallara arte, modo ó manera como desencantar á su señora Dulcinea, no envidiara á la mayor ventura que alcanzó ó pudo alcanzar el mas venturoso caballero andante de los pasados siglos. En estas imaginaciones iba todo ocupado, cuando Sancho le dijo: ¿No es bueno, señor, que aun todavía traigo entre los ojos las desafortadas narices y mayores de marca de mi compadre Tomé Cecial? ¿Y crees tú, Sancho, por ventura que el caballero de los Espejos era el bachiller Carrasco, y su escudero Tomé Cecial tu compadre? No sé qué me diga á eso, respondió Sancho; solo sé que las señas que me dió de mi casa, mujer y hijos no me las podría dar otro que él mismo, y la cara, quitadas las narices, era la misma de Tomé Cecial, como yo se la he visto muchas veces en mi pueblo y pared en medio de mi misma casa, y el tono de la habla era todo uno. Estémos á razon, Sancho, replicó D. Quijote: ven acá, ¿en qué consideracion puede haber que el bachiller Sanson Carrasco viniese como caballero andante, armado de armas ofensivas y defensivas á pelear conmigo? ¿He sido yo su enemigo por ventura? ¿Hele dado yo jamas ocasion para tenerme ojeriza? ¿Soy yo su rival, ó hace él profesion de las armas, para tener invidia á la fama que yo por ellas he ganado? ¿Pues qué dirémos, señor, respondió Sancho, á esto de parecerse tanto aquel caballero, sea el que se fuere, al bachiller Carrasco, y su escudero á Tomé Cecial mi compadre? Y si ello es encantamiento, como vuesa merced ha dicho, ¿no había en el mundo otros dos á quien se parecieran? Todo es artificio y traza, respondió D. Quijote, de los malignos magos que me persiguen, los cuales, anteviendo que yo había de quedar vencedor en la contienda, se previnieron de que el caballero vencido mostrase el rostro de mi amigo el bachiller, porque la amistad que le tengo se pusiese entre los filos de mi espada y el rigor de mi brazo, y templase la justa ira de mi corazon, y desta manera quedase con vida el que con embelecos y falsas procuraba quitarme la mia. Para prueba de lo cual ya sabes, ó Sancho, por experiencia que no te dejará mentir ni engañar, cuán fácil sea á los encantadores mudar unos rostros en otros, haciendo de lo hermoso feo y de lo feo hermoso, pues no há dos dias que viste por tus mismos ojos la hermosura y gallardía de la sin par Dulcinea en toda su entereza y natural conformidad, y yo la vi en la fealdad y baja de una zafia labradora con cataratas en los ojos y con mal olor en la boca; y mas que el perverso encantador que se atrevió á hacer una trasformacion tan mala no es mucho que haya hecho la de Sanson Carrasco y la de tu compadre por quitarme

la gloria del vencimiento de las manos; pero con todo esto me consuelo, porque en fin en cualquiera figura que haya sido he quedado vencedor de mi enemigo. Dios sabe la verdad de todo, respondió Sancho; y como él sabía que la trasformacion de Dulcinea había sido traza y embeleco suyo, no le satisfacian las quimeras de su amo; pero no le quiso replicar por no decir alguna palabra que descubriese su embuste. En estas razones estaban cuando los alcanzó un hombre que detras dellos por el mismo camino venía sobre una muy hermosa yegua torquilla, vestido un gaban de paño fino verde, jironado de terciopelo leonado, con una montera del mismo terciopelo; el aderezo de la yegua era de campo y de la jineta, asimismo de morado y verde; traía un alfanje morisco pendiente de un ancho tahalí de verde y oro, y los borceguies eran de la labor del tahalí; las espuelas no eran doradas, sino dadas con un barniz verde, tan tersas y bruñidas que por hacer labor con todo el vestido parecían mejor que si fueran de oro puro. Cuando llegó á ellos el caminante los saludó cortesmente, y picando á la yegua se pasaba de largo; pero D. Quijote le dijo: Señor galan, si es que vuesa merced lleva el camino que nosotros, y no importa el darse priesa, merced recibiría en que nos fuésemos juntos. En verdad, respondió el de la yegua, que no me pasara tan de largo si no fuera por temor que con la compañía de mi yegua no se alborotara ese caballo. Bien puede, señor, respondió á esta sazón Sancho, bien puede tener las riendas á su yegua, porque nuestro caballo es el mas honesto y bien mirado del mundo; jamas en semejantes ocasiones ha hecho vileza alguna, y una vez que se desmandó á hacerla la lastamos mi señor y yo con las setenas: digo otra vez que puede vuesa merced detenerse si quisiere, que aunque se la dén entre dos platos, á buen seguro que el caballo no la arrostre. Detuvo la rienda el caminante admirándose de la apostura y rostro de D. Quijote, el cual iba sin celada, que la llevaba Sancho como maleta en el arzon delantero de la albarda del rucio; y si mucho miraba el de lo Verde á D. Quijote, mucho mas miraba D. Quijote al de lo Verde, pareciéndole hombre de chapa: la edad mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, y el rostro aguileño, la vista entre alegre y grave: finalmente en el traje y apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas. Lo que juzgó de D. Quijote de la Mancha el de lo Verde fué, que semejante manera ni parecer de hombre no le había visto jamas: admiróle la longura de su caballo, la grandeza de su cuerpo, la flaqueza y amarillez de su rostro, sus armas, su ademan y compostura, figura y retrato no visto por luengos tiempos atras en aquella tierra. Notó bien D. Quijote la atencion con que el caminante le miraba, y leyó en la suspension su deseo; y como era tan cortés y tan amigo de dar gusto á todos, antes que le preguntase nada le salió al camino, diciéndole: Esta figura que vuesa merced en mí ha visto, por ser tan nueva y tan fuera de las que comunmente se usan, no me maravillaria yo de que le hubiese maravillado; pero dejará vuesa merced de estarlo cuando le diga, como le digo, que soy caballero destós que dicen las gentes que á sus aventuras van. Salí de mi patria, empené mi hacienda, dejé mi regalo, y entreguéme en los brazos de la fortuna, que me llevasen donde mas fuese servida. Quise resucitar la ya muerta andante caballería, y há muchos dias que tropezando aquí, cayendo allí, despeñándome

acá, y levantándome acullá, he cumplido gran parte de mi deseo, socorriendo viudas, amparando doncellas, y favoreciendo casadas, huérfanos y pupilos, propio y natural oficio de caballeros andantes; y así por mis valerosas, muchas y cristianas hazañas he merecido andar ya en estampa en casi todas ó las mas naciones del mundo. Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia. Finalmente, por encerrarlo todo en breves palabras ó en una sola, digo que yo soy D. Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el caballero de la Triste Figura; y puesto que las propias alabanzas envilecen, esme forzoso decir yo tal vez las mias, y esto se entiende cuando no se halla presente quien las diga: así que, señor gentil hombre, ni este caballo, ni esta lanza, ni este escudo, ni escudero, ni todas juntas estas armas, ni la amarillez de mi rostro, ni mi atenuada flaqueza os podrá admirar de aquí adelante, habiendo ya sabido quién soy y la profesion que hago. Calló en diciendo esto D. Quijote, y el de lo Verde, segun se tardaba en responderle, parecía que no acertaba á hacerlo; pero de allí á buen espacio le dijo: Acertastes, señor caballero, á conocer por mi suspension mi deseo; pero no habeis acertado á quitarme la maravilla que en mí causa el haberos visto, que puesto que como vos, señor, decis que el saber ya quien sois me la podría quitar, no ha sido así, ántes ahora que lo sé quedo mas suspenso y maravillado. Cómo, ¿y es posible que hay hoy caballeros andantes en el mundo, y que hay historias impresas de verdaderas caballerías? No me puedo persuadir que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, ni honre casadas, ni socorra huérfanos, y no lo creyera si en vuesa merced no lo hubiera visto con mis ojos. Bendito sea el cielo, que con esa historia que vuesa merced dice que está impresa de sus altas y verdaderas caballerías se habrán puesto en olvido las innumerables de los fingidos caballeros andantes de que estaba lleno el mundo, tan en daño de las buenas costumbres, y tan en perjuicio y descrédito de las buenas historias. Hay mucho que decir, respondió D. Quijote, en razon de si son fingidas ó no las historias de los andantes caballeros. ¿Pues hay quién dude, respondió el Verde, que no son falsas las tales historias? Yo lo dudo, respondió D. Quijote, y quedese esto aquí, que si nuestra jornada dura, espero en Dios de dar á entender á vuesa merced que ha hecho mal en irse con la corriente de los que tienen por cierto que no son verdaderas. Desta última razon de D. Quijote tomó barruntos el caminante de que D. Quijote debía de ser algun mentecato, y aguardaba que con otras lo confirmase; pero ántes que se divirtiesen en otros razonamientos, D. Quijote le rogó le dijese quién era, pues él le había dado parte de su condicion y de su vida. A lo que respondió el del Verde Gaban: Yo, señor caballero de la Triste Figura, soy un hidalgo natural de un lugar donde irémos á comer hoy, si Dios fuere servido: soy mas que medianamente rico, y es mi nombre D. Diego de Miranda: paso la vida con mi mujer y con mis hijos y con mis amigos: mis ejercicios son el de la caza y pesca; pero no mantengo ni halcon ni galgos, sino algun perdigon manso ó algun huron atrevido: tengo hasta seis docenas de libros, cuáles de romance y cuáles de latin, de historia algunos, y de devocion otros: los de caballerías aun no han entrado por los umbrales de mis puer-